

Habia sabido la conversión de Motezuma, la conversión de su esposa y de sus hijos, y ya no era posible soportar tanta ignominia, tanta vergüenza.

Mientras esto pasaba en el palacio imperial de Méjico, Hernan Cortés, despues de llamar al astrólogo Botello y de estrechar su mano por haberle librado del peligro, preguntaba quién era el jóven español que le habia salvado de las garras de Teutila.

—Ese soldado,—dijo Marina, presentándose con el traje que durante aquel dia le habia servido para estar al lado de Hernan Cortés y luchar como el primero de los españoles;—ese soldado he sido yo.

Algun tiempo despues decia el caudillo á Marina, que ya habia abandonado su disfraz:

—Marina, te debo la vida, y aun á riesgo de romper los lazos que hacen imposible nuestro amor, juro amarte y ser esclavo tuyo.

Marina abandonó la habitacion de su amante, y ni ella ni él vieron al separarse que detrás del cortinaje de algodón que adornaba el lecho del cuadillo se ocultó un hombre, procurando contener su respiracion para que no se apercibieran de su presencia.

Capitulo XXXVIII

Sed de venganza.

El hombre que se habia ocultado detrás del cortinaje del lecho de Hernan Cortés era Ilbialbi.

Desde el momento en que le hemos visto desaparecer, habia concebido sospechas de que Marina amaba á Hernan Cortés, y que el jefe de los españoles la correspondia.

¿Cómo, si esto era cierto, le habia ofrecido interceder por él?

Semejante engaño exigia una terrible venganza.

Amaba á Marina con verdadera frenesí.

Alentado por la confianza que inspiraba á la jóven por la intimidad con que le trataba, por la importancia de los servicios que le exigia, habia llega-

do á figurarse que el premio de su fidelidad y de sus sacrificios sería el amor de Marina.

Ibrialbi habia llegado á creer, porque la pasion es muy crédula, que Marina le amaba.

Al sospechar, despues de cumplir las órdenes de Marina, contribuyendo á dar la victoria á Hernan Cortés en el momento en que luchaba contra Cacumatzin, desapareció.

—Si me ama, me buscará,—se dijo.—Si no me ama, al ménos por gratitud, Hernan Cortés y ella me buscará tambien.

Trascurrió el tiempo, y como sucede siempre en la vida, la felicidad hizo que se olvidara de su servidor.

Los sucesos que tuvieron lugar y las consecuencias de la guerra, borraron por completo de la imaginacion de Hernan Cortés el recuerdo del indio.

No habia duda; eran ingratos.

¡Por unos ingratos habia venido á su patria, habia contribuido á la ruina de su rey.

El infeliz se consideraba el más infame de los hombres.

¿Qué podia hacer para tranquilizar sus recelos?

Vengarse; vengándose castigaba la ingratitud de aquellos por quienes tantos sacrificios habia hecho, y al mismo tiempo que arrebatava á los amantes la felicidad que él no podia poseer, libraba á su patria del yugo de los extranjeros, paralizando todos sus movimientos, toda su fuerza, con matar á Hernan Cortés.

Y esto nadie podia hacerlo mejor que él.

Los españoles sabian que era adicto á su jefe.

Podia entrar en su cuartel, recorrer todas las habitaciones sin despertar recelo alguno penetrar en la estancia del caudillo, ocultarse en ella, darle el golpe con mano certera, conseguir la impunidad del crimen, abandonar el cuartel sin obstáculo alguno, anunciar á los mejicanos lo que pasaba, facilitarles los medios de acabar con los españoles, hacerse por este acto acreedor á la estimacion de sus compatriotas, ganar prestigio y posicion entre ellos, y poder despues del triunfo tomar como eselava á Marina, para vengarse lenta y cruelmente de su desamor.

Ibrialbi habia envenenado la punta de una flecha, y la llevaba con ánimo de clavarla en el corazon del guerrero.

Hernan Cortés quedó solo en la estancia con su enemigo.

Estaba cansado.

Habia sufrido mucho aquel dia, y necesitaba reposo.

No iluminaba la habitacion más que una tea que habia en uno de los rincones.

Hernan Cortés se recostó en el lecho, y no tardó en ceder al consancio.

Ibrialbi abandonó cautelosamente su escondrijo.

Apesar del rencor que sentia, no pudo ménos de estremecerle la idea del crimen que iba á cometer.

Pero las esperanzas que le sonreían, el goce que sentía ante la idea de vengarse, le alentaron.

Se acercó cautelosamente al sitio donde estaba Hernan Cortés, empuñó con su temblorosa mano la flecha para clavar su envenenada punta en el corazón del guerrero, y al ir á dar el golpe oyó ruido en la puerta de la estancia.

Ibibalbi volvió precipitadamente á su escondrijo.

—¿Quién vá?—preguntó Hernan Cortés.

—Soy yo,—dijo una voz.

Hernan Cortés salió al encuentro del que llamaba.

Era fray Bartolomé de Olmedo.

—Perdonad,—le dijo,—si he venido á turbar vuestro reposo; pero las circunstancias en que nos hallamos son tan críticas y os interesa más que á mí salir de ellas, que no he vacilado en venir á comunicaros las ideas que el insomnio me ha sugerido, porque, creedlo, no he podido dormir.

—Hablad,—dijo Hernan Cortés.

—El día de hoy ha sido un día de prueba. Hemos perdido cuarenta soldados, y entre heridos y muertos pasan de trescientos los tlascaltecas que ya no pueden prestarnos auxilio.

—También los mejicanos han tenido grandes pérdidas,—dijo Hernan Cortés.

—Sí por cierto; según mis cuentas, pasarán de dos mil los que han quedado fuera de combate. Ahora bien; ¿qué habeis pensado vos?

—Que es preciso partir de Méjico.

—Partir despues del triunfo es doloroso. Pero no queda otro remedio.

—Partir ahora para volver más tarde,—dijo Hernan Cortés;—porque los hombres como yo, cuando conciben un pensamiento, no lo abandonan hasta realizarlo.

—Pues bien; creyendo yo lo mismo que vos, he pensado que lo que nos conviene es abandonar á Méjico, pasar rápidamente por Tlascalala, llegar á la colonia de Veracruz, embarcarnos allí todos, y dirigirnos á España.

Allí tendremos ocasion de referir á nuestro soberano, que Dios guarde, todo lo que ha pasado, y no dudeis que cuando sepa el heroismo de los españoles y los triunfos que como jefe habeis conseguido, desoyendo las quejas de Diego de Velazquez y comprendiendo cuánto conviene á su gloria y al esplendor de su corona la conquista de Méjico, os enviará con nuevos elementos, con numerosas fuerzas, á proseguir la conquista, que hoy es, en mi opinion, de todo punto imposible.

Hernan Cortés quedó un momento pensativo.

Despues preguntó á fray Bartolomé:

—¿Deseais volver á España?

—Lo deseo, y lo desean todos; vos mismo lo deseais. Pues qué, ¿No gozareis, despues de tantos días de fatiga, reposando tranquilamente al lado de quien sin duda alguna llora á todas horas vuestra ausencia?

—Padre Olmedo, no me habeis conocido si creeis

que he de volver á España antes de conquistar el imperio de Méjico.

O muero aquí, ó realizo mi empresa.

Además, de un momento á otro debe llegar Montejo, debe traerme el nombramiento real, y acaso refuerzos y víveres, que los necesitamos.

Hoy por hoy, es preciso partir de Méjico, de lo contrario, tendria que sostener una desesperada lucha, que desmayaria á mis soldados; y esto no debe suceder.

Con las fuerzas que hoy tenemos, podemos recorrer todo el continente de esta region, y libertando á los débiles del yugo de los opresores, aumentar mi ejército con ellos.

Tal es mi resolucion, y por nada del mundo dejaré de llevarla á cabo.

—Sé que vuestra voluntad es inquebrantable, y no me opongo á ella. Aunque no sea fuerte como vos para luchar, estoy dispuesto á sufrir como el primero, y puesto que mis planes no merecen vuestra aprobacion, me retiro.

Ilbialbi experimentó una inmensa alegria al ver que iba á quedarse solo Hernan Cortés.

Fray Bartolomé de Olmedo salió, y un instante despues, antes de que el caudillo de los españoles tu viera tiempo de volver á su lado, llegó Marina.

La presencia de la jóven exacerbó la ira de Ilbialbi.

Una idea terrible cruzó por su mente:

—¡Ah!—se dijo.—Los dos van á caer bajo el golpe de mi envenenada flecha.

Mientras esto pasaba en Méjico en el cuartel de los españoles, tenian lugar en el mismo imperio sucesos que debemos referir á nuestros lectores.

Capítulo XXVIII.

Panuco, su cacique y sus guerras

No habrán olvidado nuestros lectores que antes de salir de Zempoala Hernan Cortés dividió su ejército y envió á Juan Velazquez de Leon con cuatrocientos hombres á la ciudad de Panuco, situada al Norte de Méjico, y que á la sazón se hallaba algo agitada por guerras intestinas.

Tambien habia enviado á Diego de Orgaz á Guazacoalco.

Pero á última hora desistió de este empeño, y aumentando las fuerzas de Velazquez, llevó en su compañía á Diego de Orgaz y al resto de los soldados cuyo mando le habia conferido.

El pensamiento de Cortés, al enviar á Panuco á Juan Velazquez de Leon, no era otro que el de aprovechar el prestigio de que los españoles disfru-

taban en toda aquella region, para conseguir en el Norte la que ya habia conseguido en el Mediodía.

De esta manera, cualquiera que fuesen las consecuencias de su expedicion á Mejico, podria hacer una buena retirada y contar con elementos para una nueva embestida.

Para que puedan explicarse algunos sucesos de los que muy en breve van á presenciarse por nuestros lectores, necesitamos abandonar á Hernan Cortés en la crítica situacion en que le hemos dejado, y seguir á Velazquez de Leon para ver cuál fué el resultado de su empresa.

Desde Zempoala, costeaando la ribera del Golfo Mejicano, dejó á la izquierda á Naotlan, atravesó un rio, al que dió el nombre de rio de San Pedro, y por Xaxiguohtlo, Tatecuco y Tacuatás, llegó á Panuco.

El viaje fué en extremo feliz, porque en su mayor parte eran sus soldados de los que habia enviado al Yucatan Pánfilo de Narvaez, que ávidos de conocer el país avanzaban con rapidez, deseosos de contemplar los preciosos paisajes que á cada instante se desarrollaban ante su vista.

Habian cundido por todo el país las noticias referentes á los triunfos que los españoles habian conseguido en todas partes, y los consideraban, nó solo como hijos del cielo, sino como invencibles.

Hernan Cortés y sus capitanes habian adquirido una gran fama, no sólo por las victorias que habian conseguido de los indígenas, sino por la que acababan de realizar sobre otro general de su misma nacion,

y estas circunstancias eran causa suficiente para que de todas las poblaciones acudiesen los naturales á saludar á los españoles, á ofrecerles infinitos regalos y á ponerse bien con ellos; porque en honor de la verdad, no habia una sola tribu, una sola provincia, un solo reino de los que dependian de Motezuma, que no sintiese todo el peso de la esclavitud que aquel monarca les habia impuesto, y que no considerase la llegada de los españoles como un síntoma de su próxima libertad.

Todos estos favorecian en extremo á Velazquez de Leon, razon por la cual llegó, como hemos dicho, á Panuco, despues de un viaje casi triunfal, y llegó en el momento en que el gran cacique de aquella provincia se hallaba en grave peligro de perder el mando.

Gobernaba á la sazón aquella parte del territorio mejicano, con el nombre de gran cacique, un hombre que por su fama como guerrero habia merecido las simpatías de todos los habitantes de Panuco, quienes al ver amenazada su independencía por las tropas de Motezuma, lo eligieron por jefe y le confiaron la defensa de su independencía.

Naothael, que este era el nombre del cacique, habia hecho prodigios de valor para defender á las provincias de yugo de Motezuma.

Grandes eran los triunfos que habia alcanzado sobre sus enemigos.

Pero al fin tuvo que ceder ante la fuerza, y el mismo Motezuma que habia oido hacer grandes elogios de la bravura de aquel caudillo, le llamó á su

presencia y le confirmó en el mando de la provincia, despues de exigirle un tributo como á todos los que caian en su pader.

Gracias al ascendiente de Naothael, el tributo que les impuso fué ménos gravoso del que pagaban otras provincias.

En su mayor parte dedicados los de Panuco á las labores del campo, abandonaron las armas para cultivar la tierra.

Pero su carácter independiente les hacian considerar como una inmensa desventura el pago del odioso tributo.

Pero en más de una ocasion habia recurrido á Naothael, exigiéndole que rompiese el pacto, que de safiase de nuevo la ira del monarca, y que como ellos prefiriese la muerte á la deshonra.

Naothael habia desoido estos consejos porque su palabra estaba empeñada, y era incapaz de faltar á ella.

Pero las súplicas que él desoyó, fueron acogidas por Nazatcotlan, valiente guerrero tambien, y se formó un partido en torno suyo, que estaba en pugna con el de Naothael.

Cuando supieron los habitantes de Panuco la llegada de los españoles, la benevolencia y el afecto con que trataban á los tributarios de Motezuma, la proteccion que dispensaban á todos cuantos eran hostiles al emperador, se aumentaron las esperanzas de los partidarios de Nazatcotlan, y el cacique no tuvo más remedio que defender sus ideas con las armas.

Refugiáronse los rebeldes en Tanuco, ciudad vecina á la de Panuco, y desde allí, seguros de que no podría Motezuma enviar tropas en su persecucion, por tener que atender á las eventualidades de la presencia de los españoles, molestaban continuamente á Naothael, obligándole á tomar parte en escaramuzas y en combates que destruian por completo la paz de su provincia.

Nazatecotlan tenia partidarios, más que por su cualidades personales, porque representaba para ellos el deseo de independencia.

Apenas supo el cacique que los españoles, ó por lo ménos una parte de su ejército, se dirigia á Panuco:

—No lo dudeis,—dijo á sus consejeros y amigos;—vienen á dispensarnos la proteccion que han dispensado á los de Zempoala, á los de Tlascala, á los de Zocotlan. Su enemigo es Motezuma, brindémosle nuestra amistad, y el deseo que anima á los partidarios de Nazatecotlan se realizará, no por la fuerza, sino por la justieia.

Gracias á esta circunstancia, la llegada de Velazquez de Leon con los soldados españoles fué un motivo de júbilo para Naothael y para los habitantes de Panuco.

Apenas supieron que estaban próximos, nombraron una embajada, y al frente de ella se dirigió Naothael á recibir y saludar á los españoles, como se verificó, tendiendo los brazos á Velazquez de Leon, anunciándole desde luego que todos acudian á solicitar su amistad y á obtener el permiso competente

para agasajarle, como á los demás que le acompañaban.

No podia prometerse Velazquez de Leon una acogida tan benévola, y se alegró en extremo de que así fuera, diciendo al cacique:

—Yo vengo enviado por mi jefe Hernan Cortés, el amigo de Motezuma, á poner término á vuestras disensiones, porque no es justo que los hermanos combatan entre sí cuando tienen un enemigo comun contra el cual deben emplear su fuerza, ó por lo ménos guardarla para cuando llege la ocasion de emplearla.

Este lenguaje agradó mucho á Naothael, y satisfecho en extremo al saber que los españoles pensaban permanecer algun tiempo en Panuco, dispuso para ellos las mejores casas de la poblacion, enviándoles de su palacio muebles, galas y cuanto pudieran necesitar para su comodidad y recreo.

No era Panuco, ni con mucho, una ciudad tan magnífica, tan grandiosa como la de Méjico.

Pero si faltaba edificios suntuosos, monumentos como los que construian el esplendor de Méjico, las casas eran cómodas, bellas; y sobre todo, las ricas arboledas que besaban un caudaloso rio, el de Panuco; las flores y las pintadas aves que con sus cánticos embelaban el oido, y con sus plumajes, ricos de color, fascinaban la vista, constituian un paraje encantador.

Si á esto se une la amistad que ofrecian los de Panuco á los españoles y los agasajos de que eran objeto, fácilmente se comprenderá que Velazquez y sus

soldados consideráran aquella ciudad como un verdadero paraíso.

Velazquez, comprendiendo bajo el punto de vista político las consecuencias de aquel triunfo tan fácil, se propuso consolidar su amistad con Naothael, ignorando las consecuencias que tendría para él aquel deseo.

Vamos á referir los episodios de su estancia en Panuco.

Capítulo XL

La reina curandera.

A pesar de las costumbres del país, que autorizaban al jefe del Estado á tener cuantas mujeres quería, Naothael habia renunciado á aquel derecho, dominado por la influencia de Litzajaya, que era su esposa.

Litzajaya habia nacido en Guanahani poco antes de que los españoles, al mando de Cristóbal Colon, llegasen á apoderarse de aquella isla.

En una escursion que habian hecho á ella los caribes, segun sus costumbres, se apoderaron de la niña; y se la llevaron.

Lejos de su familia, Litzajaya debió á su hermosura el no ser víctima, como los demás prisioneros, de la voracidad de los caribes.